

DESPERTAR

Desertar

JOSEP OTÓN

Ya casi nadie duda de que la desertización sea uno de los problemas más acuciantes que afronta la humanidad. Las reservas de agua potable disminuyen progresivamente, sin embargo el consumo aumenta de manera descontrolada. La construcción de piscinas, campos de golf, lagos artificiales contrasta con los resecos eriales que se expanden por zonas hasta ahora templadas. Mientras los más privilegiados gozan del derecho al despilfarro, una gran parte de la población del planeta tiene restringido el acceso a un bien indispensable.

Como en el hundimiento del Titánic, los que viajan en primera apenas perciben las señales de peligro, los usuarios de los niveles inferiores son los primeros en sufrir los efectos de la tragedia. Poco le importa a quien goza de agua corriente la precariedad de quienes se ven obligados a realizar largas marchas para conseguir llenar un cántaro con agua casi potable.

El cambio climático trae consigo la sequía. Los desiertos amplían sus fronteras a costa de tierras que hasta hace poco eran fértiles. El planeta desfallece porque los seres humanos hemos abandonado los ideales que nos definen y preferimos ser una especie depredadora. Con nuestra desidia estamos provocando la catástrofe.

La lluvia escasea, las cisternas se agotan y el desierto avanza. Sin agua no hay vida. Hemos descubierto demasiado tarde que los recursos no son inagotables. La naturaleza no es el Cuerno de la abundancia. El consumo tiene que ser responsable o, de lo contrario, daremos al traste con un mundo que pudiera ser casi paradisiaco. Ojalá esta situación de emergencia medioambiental nos haga recapacitar y percatarnos de las consecuencias que conlleva desertar de nuestras obligaciones más elementales. *

